

ANÁLISIS DIACRÓNICO DEL POBLAMIENTO EN LA DEPRESIÓN DE VERA Y VALLE DEL RÍO ALMANZORA ENTRE EL VI Y EL III MILENIO A.N.E.

MARÍA DOLORES CÁMALICH MASSIEU¹, DIMAS MARTÍN SOCAS²,
PEDRO GONZÁLEZ QUINTERO³ Y AMAYA GOÑI QUINTEIRO⁴

Uno de los primeros problemas que surge cuando se intenta abordar el análisis de la dinámica desarrollada por las formaciones sociales de la Prehistoria Reciente en las llamadas *tierras bajas del sureste peninsular*, es el del peso de la tradición en la investigación de la zona. Y esto se debe, en gran medida, porque el registro arqueológico recuperado a finales del siglo XIX y principios del siglo XX por los hermanos E. y L. Siret y su capataz P. Flores, ha supuesto el soporte empírico fundamental para la elaboración de las distintas sistematizaciones y estudios que se han desarrollado sobre el poblamiento de esta área.

En efecto, tras casi un siglo de propuestas centradas fundamentalmente en determinar si la dinámica de estas formaciones sociales es fruto de movimientos colonizadores por parte de “pueblos” mediterráneos o de otras regiones peninsulares, comienza a romperse esa dicotomía a partir de los años ochenta, al amparo de los nuevos presupuestos teóricos y metodológicos. Fruto de ello será el abandono paulatino de las alternativas difusionistas y que la investigación se oriente a resolver los nuevos problemas que se derivan de una valoración más histórica de estos períodos, entre los que destaca el de cómo, cuándo se inicia y cuál o cuáles fueron los factores que incidieron en la configuración de una sociedad con unos índices de complejidad tan marcados como la que se observa en esta zona del sureste a partir del tercer milenio.

Derivado de estos planteamientos, surgen nuevas preguntas y problemas a resolver, entre los que hay tres, estrechamente interrelacionados, considerados básicos y, por tanto, punto de partida para un reconocimiento coherente de la dinámica desarrollada por las formaciones sociales de la zona. A saber:

1. El origen y causas que impulsan la llamada *colonización agrícola* en las *tierras bajas* almerienses, 2. El inicio de la actividad metalúrgica, su dinámica interna y sus consecuencias a lo largo del desarrollo de cada uno de los períodos históricos reconocidos y 3. La importancia que tiene esta área del sureste en toda esta transformación. A estas se le incorpora recientemente, a la vista de los nuevos resultados obtenidos en la región suroccidental, 4. El carácter e importancia de toda esta transformación en el marco de las formaciones sociales de la prehistoria reciente del sur peninsular.

¹ Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna. Correo: dmassieu@ull.es.

² Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna. Correo: dsocas@ull.es

³ Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Correo: pgonzalez@dch.ulpgc.es

⁴ Departamento de Prehistoria, Antropología e Historia Antigua. Universidad de La Laguna.

Para resolver los tres problemas iniciales –dados los resultados de la investigación en el suroeste y la necesidad de una documentación más completa–y, sobre todo el de la llamada *colonización agrícola*, se le ha conferido una relevancia de primera magnitud a las características medio-ambientales, ya sea para aceptar unas circunstancias del entorno muy similares a las actuales (Gilman y Thornes, 1985), o asumiendo una posición intermedia, al aceptar la existencia de pequeñas oscilaciones en los índices generales de la zona (Walker, 1985 y 1986; Chapman, 1991, si bien este autor en publicaciones anteriores, 1978 y 1984, había defendido la inexistencia de cambios climáticos significativos). A partir de la reciente documentación paleoecológica disponible en esta región, se ha puesto de relieve la existencia de un clima más húmedo que el actual entre el VI y el III milenio, con una vegetación climax bastante bien conservada durante el Neolítico, que comenzaría a sufrir un deterioro importante a partir de momentos avanzados de la Edad del Cobre, coincidiendo con el tránsito del III al II milenio a.n.e. (Rodríguez Ariza, 1992 y 1996; Pantaleon Cano *et al.*, 1996; Yll *et al.*, 1995; Cálalich Massieu y Martín Socas (Drt.), 1999).

No obstante, y en esa consideración inicial, la consecuencia será la defensa de modelos explicativos diferentes, en cuanto al momento en el que se produce la ocupación, así como en la interpretación de las estrategias desarrolladas por estas sociedades en las primeras etapas de la prehistoria reciente del sureste peninsular. Como lo que se defiende es la primacía de una estrategia de producción subsistencial centrada en la actividad agrícola, la variable que primará en la elección del emplazamiento será la captación de recursos edáficos y/o hídricos generando, de este modo, un patrón de ocupación y explotación del territorio dirigido a la minimización de los esfuerzos y un proceso de complejidad creciente de estas formaciones sociales a partir de la intensificación de la producción agrícola o control de los citados recursos hídricos.

Por otro lado, se plantea que en un medio tan hostil como el de referencia no se dan las condiciones adecuadas para favorecer una colonización agrícola temprana al no existir el soporte tecnológico *imprescindible* para el desarrollo de la misma. De ahí, que se la interprete como posterior o tardía en relación tanto a las zonas del interior, más húmedas, como a las tierras occidentales de Granada y Málaga (Chapman, 1978, 1991). En definitiva, se defenderá, a nivel general, que la ocupación de estas *tierras bajas* del sureste peninsular tendrá lugar en un momento tardío del neolítico, de tal manera que vuelve a cobrar entidad la llamada *Cultura de Almería* como representativa en la zona de esta fase cronológica y cultural, así como del sustrato a partir del que se inicia ese proceso de complejidad organizativa anteriormente comentado y coincidente, por otro lado, con el primer desarrollo de la actividad metalúrgica.

Pero es más, en estos modelos, el área de la depresión de Vera y valle del río Almanzora era interpretada, por la mayoría de los investigadores, como una de las zonas neurálgicas del sureste hispano para entender cómo se iniciaría el cambio general que caracteriza a las formaciones sociales del III milenio, pues en la misma se localizan el poblado de El Garcel y las necrópolis de Purchena y Cantoria –caracterizadas por los enterramientos de planta simple circular u oval, representativas de las fases más recientes del neolítico tal y como las definieran G. y V. Leiner (1943) y P. Bosch Gimpera (1969)–, así como el poblado de Almizaraque al que se le había asignado desde las excavaciones iniciales de L. Siret un valor metalúrgico de envergadura. En consecuencia, esta visión era un claro reflejo de la importancia atribuida al levante almeriense, pero, también, de las enormes lagunas existentes sobre el cuándo, cómo y por qué se inicia ese proceso de transformación, consolidación y evolución de las distintas formaciones sociales a lo largo del VI y II milenios A.N.E.

Fruto de toda esta problemática (Cálalich 1983; Martín Socas y Cálalich Massieu, 1986), se inicia el proyecto de investigación sobre el desarrollo de las formaciones sociales en la depresión de Vera y cuenca general del río Almanzora desde los primeros periodos de la Prehistoria Reciente. Así, se pretendía analizar la transformación que afecta a la zona desde los comienzos de la producción agropecuaria hasta los inicios de la estructuración social jerárquica de la Edad del Bronce (Cálalich Massieu *et al.*, 1993; 1999).

En una valoración inicial de los resultados obtenidos en el proyecto, se comprueba cómo el área estudiada mantiene una intensa dinámica de ocupación que es, desde los primeros momentos, más compleja y extensa de lo que se ha valorado tradicionalmente. Así, desde la perspectiva cronológica, sus momentos iniales tendría lugar desde

mediados del VI milenio A.N.E., valorado en la secuencia tradicional de la zona como Neolítico Pleno, según las secuencias arqueográficas establecidas para la zona andaluza centro y oriental, así como con las dataciones radiométricas que ha proporcionado el Cerro Virtud -a pesar que sus primeros investigadores defiendan la hipótesis de correlacionar este contexto con el inicio del proceso de producción metalúrgica en el sureste-, de tal manera que su desarrollo habría tenido lugar, al menos, entre mediados del VI milenio y segunda mitad del IV milenio A.N.E. (6160 ±180 b.p. = calib. 5500-4650 A.N.E. y el 5300 ± 120 b.p. = calib. 4400-3800 A.N.E.) (Delibes de Castro y Montero, 1997; Montero Ruiz y Ruiz Taboada, 1996; Ruiz Taboada y Montero Ruiz, 1999).

Esta dinámica continuará de una manera activa hasta el desarrollo del Bronce Reciente, donde sus momentos más álgidos se producirían a partir de finales del IV, III y II milenios a.n.e. En consecuencia, a la hora de evaluar la dinámica de estas formaciones sociales, el rasgo fundamental que la define es la continuidad en la ocupación del territorio, donde las modificaciones que se producen en el patrón de ocupación del desarrollo del proceso histórico son explicables por la búsqueda de un emplazamiento acorde a las condiciones sociopolíticas y económicas que se dan en cada momento. En consecuencia, la dinámica interna deviene como el factor esencial en la transformación de estas formaciones sociales en el territorio en estudio.

En general, y como ocurre en otras áreas andaluzas, en los momentos iniciales consisten en emplazamientos al aire libre, conformados por sitios de pequeñas dimensiones correspondientes a distintos momentos de esta fase histórica, donde las estructuras habitacionales debieron ser de escasa envergadura y estar construidas con materiales perecederos, evidenciando una ocupación estacional y/o periódica, asociados tanto a los cauces de las vías fluviales como a unidades orográficas en altura o a los límites costeros y, excepcionalmente, a cuevas o abrigos.

Entre ellos cabe destacar los resultados obtenidos en las excavaciones efectuadas en los poblados de Cabecicos Negros -1991 y 2000-, y Zajara -1987 y 1990-, en el marco de la primera fase del Proyecto aquí evaluado en las fases iniciales (Cámalich Massieu y Martín Socas (Drt.), 1999; Goñi Quinteiro *et al.*, 2003).

En el caso de Cabecicos Negros, se trata de un asentamiento donde se realizaban determinadas actividades productivas artesanales excedentarias en detrimento de otras más relacionadas directamente con la subsistencia. Ello implicaría su integración en un circuito espacial más amplio, donde sus habitantes se proveerían de los productos necesarios para su subsistencia, ya fuera mediante desplazamientos estacionales a los lugares donde podían explotarse y/o a través de una red de circulación de productos locales entre las distintas comunidades integradas en la misma.

En este contexto, y desde un punto de vista arqueográfico, la asociación recurrente de los diferentes conjuntos de materiales, entre los que cabe destacar la cerámica, con la presencia de ejemplares con decoración impresa, sea cardial o con matriz dentada, permite corroborar la ocupación de las *tierras bajas* almerienses desde las fases más antiguas del neolítico, en consonancia con los registros que han proporcionado otros yacimientos de Andalucía Oriental como son la cueva de la Carigüela (Piñar, Granada), cueva de El Toro (Antequera, Málaga) (Martín *et al.* 1993; Martín *et al.* 2003), el poblado de Las Majólicas (Alfacar, Granada), la cueva de Malalmuerzo (Moclín, Granada), la cueva de los Murciélagos (Zuheros, Córdoba), o la fase I del poblado de Los Castillejos (Montefrío, Granada) (Martín Socas *et al.* 1998; Afonso *et al.* 1996). Por otro lado, el marco cronológico propuesto para estos momentos, coincide con las últimas cronologías aportadas por Cerro Virtud (Cuevas del Almanzora).

En consecuencia, no se puede aceptar en modo alguno la visión tradicional sobre los inicios de la ocupación en el marco de la prehistoria reciente, pues se entendía como primera estructura poblacional cohesionada la correspondiente al Neolítico Final y asociada con la *Cultura de Almería* o, al menos, relacionada con ella (Fernández Miranda *et al.*, 1993).

Si se tiene en cuenta la documentación disponible, la ocupación neolítica de Cabecicos Negros, al igual que la del poblado de Zájara, no son fenómenos aislados, pues se correlacionan de una forma muy clara con las características de los asentamientos, así como la de los diferentes conjuntos de materiales, observados en otros yacimientos conocidos de este territorio (Fig. 1). Así, podemos indicar que coexisten, fundamentalmente, dos tipos de unida-

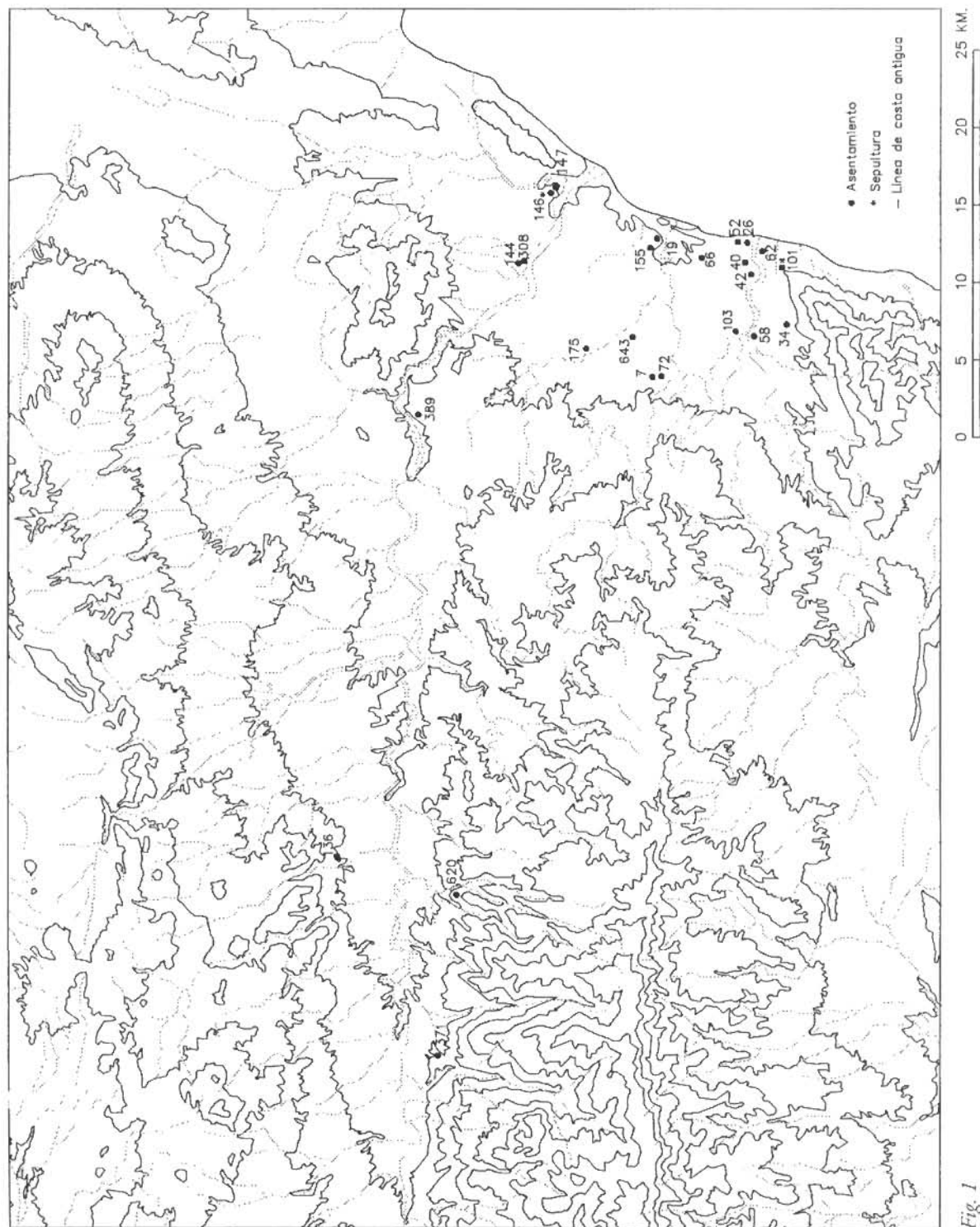


Fig. 1

des orográficas de emplazamiento en la zona, que continúan después, en algunos casos, durante el Neolítico Reciente. Una de ellas es en pequeñas lomas inmediatas a los cursos fluviales o a las bahías costeras presentes por entonces en las desembocaduras de los ríos –si se contempla la restitución de la línea de costa planteada para estos momentos (Arteaga y Hoffman, 1987; Schubart *et al.*, 1988)–, vendría caracterizada por poblados como Almizaraque (147)(Lám.1a), en el río Almanzora; Cabecicos Negros-Pajarraco (155 y 19, respectivamente) (Lám. 1b), en el Antas; y, La Isleta (58), o la Loma del Campo(52), en la cuenca del Aguas.



Lám. 1a.

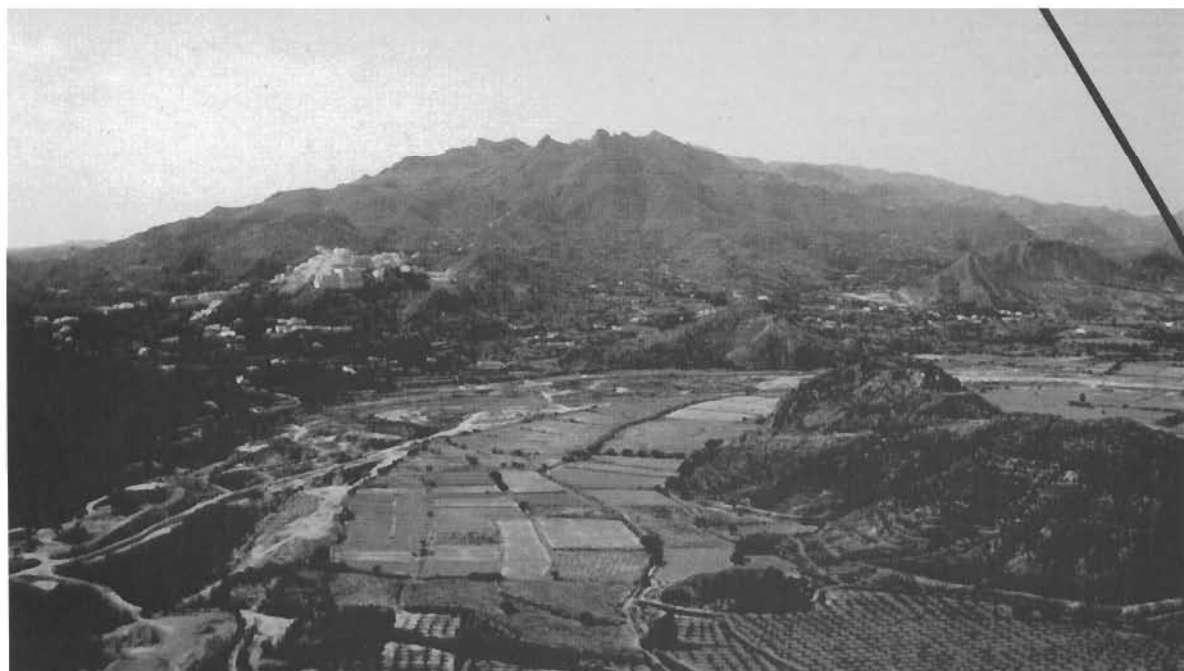


Lám. 1b.

La otra, se determina por la ocupación de otro tipo de unidades orográficas, como es la de cerros individualizados y dominantes de la depresión. Hábitats característicos de este tipo serán El Peñascal (347), Cerro de la Virtud (146)(Lám. 2a), Zájara (144), en el río Almanzora; Raja Ortega (66), Cuartillas (42), Moro Manco (26), Cerro Guevara (62) (Lám. 2b), Cerro del Cortijo de Gatas (34), en la cuenca del Aguas; y, posiblemente, Cerro María (7) y Cerro del Espíritu Santo (163), en la cuenca del Antas, afectados por una intensa reocupación posterior, particularmente, romana Tardía e hispanomusulmana, respectivamente. La interrelación entre los mismos es la característica más relevante, máxime teniendo en cuenta su perfecta individualización orográfica, lo que se traduce en un área de dominio extenso pues se visualizan, sin dificultad alguna, ambos extremos de la depresión.



Lám. 2a.



Lám. 2b.

En cuanto a la ocupación de las cuencas media y alta del río Almanzora en estos momentos, está asociada a las áreas de montaña de las Sierras de Filabres o de las Estancias, ya sea al aire libre, como la Cerrá (371), Macael (620) o Partalao (136), o en cuevas, como el caso de las de El Palo o el Castillico de Cobdar.

Todos ellos, al igual que ocurre en Cabecicos Negros, presentan una cultura material indicativa de su correspondencia con el desarrollo observado entre mediados del VI y mediados del V milenios en la región andaluza, el Neolítico Pleno o *Cultura de las Cuevas con cerámica decorada* de la secuencia arqueográfica tradicional del sur peninsular, coincidiendo plenamente con los resultados obtenidos en yacimientos con amplias secuencias estratigráficas de la región, como las cuevas de La Carigüela (Piñar, Granada), Nerja (Málaga), El Toro (Antequera, Málaga) o Los Murciélagos (Zuheros, Córdoba) (Martín Socas *et al.*, 1998).

En relación a lo señalado con anterioridad, el modelo de organización socio-económico al que ahora se asiste se estructura en la explotación del entorno a través de la ocupación itinerante de un territorio de amplitud variable. En consecuencia, deriva de la estacionalidad y/o periodicidad de los asentamientos, lo que les permite el acceso a diferentes recursos a través de una estrategia de fuerte movilidad y ubicación de asentamientos puntuales y estacionales, y, por tanto, de escasa envergadura, orientados a la captación de bienes subsistenciales así como a la captación y/o transformación de materias primas para la producción de excedentes artesanales orientados al intercambio intrarregional e interregional. Ello explicaría, en gran medida, que nos encontremos con la presencia de gran cantidad de materiales realizados sobre materias primas alóctonas a la zona o, incluso, podría explicar cómo en el caso de Cabecicos Negros se haya recuperado sólo un útil destinado a la siega de cereales. También es cierto que partimos de unas hipótesis que valora el factor agrícola como el prioritario para entender las estrategias desarrolladas con la primera ocupación neolítica (Fernández Miranda *et al.*, 1993), así como la causa del proceso de transformación hacia la complejidad de las formaciones sociales posteriores, en una vasta región, hasta el punto que cuando se plantea se realiza en los términos de colonización o intensificación agrícola. En este sentido, los resultados obtenidos en el poblado del Polideportivo de Martos (Jaén), “...viene a mostrar que el proceso de nuclearización poblacional a inicios del III milenio no es unilineal, y que puede ser explicado a partir de otros modelos en los que la agricultura no es el motor de los cambios en la relaciones de producción y reproducción social.” (Cámara Serrano y Lizcano Prestel, 1996).

Por tanto, la importancia tradicional asignada a la variable agrícola en estas comunidades no parece corresponder con la globalidad de las evidencias recuperadas, lo que ha generado que su aplicación sistemática y mecánica haya producido en algunos trabajos recientes un rechazo frontal a la presencia de evidencias de un poblamiento tan antiguo en el Alto Almanzora. El peso del razonamiento se ha apoyado en una fuerte acción erosiva, natural o antrópica, que habría afectado a las unidades orográficas elegidas por estas comunidades para su establecimiento (Román Díaz *et al.*, 1996; Román Díaz y Martínez Padilla, 1999), presuponiéndose un patrón de ocupación determinado y derivado de la minimización de esfuerzos para la producción agrícola subsistencial.

No obstante, hay que profundizar en las distintas actividades, sean subsistenciales o no, que desarrollan estas comunidades pues, como se destaca a través de las diferentes analíticas, se posibilita un conocimiento más detallado y preciso de las mismas, al tiempo que permite reconocer tanto la relación que existe entre ellas, como la dinámica de los intercambios desarrollados, zonas de áreas fuentes, control de las mismas, nivel de integración y desarrollo social en el que se produce, entre otros, y cómo influirían en sus procesos de transformación, en especial desde fines del V milenio A.N.E.

Paulatinamente, se observa cómo se va consolidando un proceso de agregación y sedentarización que conlleva a IV milenio A.N.E. la aparición de estructuras de habitación y de almacenamiento excavados en el suelo, los silos, que conducen hacia una mayor estabilidad en la ocupación y explotación del territorio. Al mismo tiempo, se comprueba cómo, paralelamente a este proceso de sedentarización y, consiguientemente, de apropiación y explotación, se van consolidando los espacios de enterramiento normalizados e independientes, fruto de una mayor estructuración y organización en el seno de estas formaciones sociales.

En efecto, desde ahora se consolida el mecanismo de duplicidad del tipo de asentamiento ya comentado –en cuanto a sitios inmediatos estrechamente interconectados–, y la estrategia poblacional contemplada en las fases precedentes (Fig. 2). Así, junto a la continuidad de alguno de los núcleos anteriores -como Cerro María (7), Cuartillas (42), Loma del Campo (52), Zájara (144) (Lám. 3a), Cerro Virtud (146), Almizaraque (147) o Cueva de Zájara (308)-, se asiste a la instalación del hábitat en espolones sobre el cauce fluvial, con mayor superficie horizontal aprovechable, tanto para la construcción de habitaciones semiexcavadas que, en ocasiones, tienen un poste central, como para la de las estructuras de almacenamiento, silos, a los que hay que considerar desde una perspectiva de uso muy amplia, toda vez que, también, pueden ser entendidos como tales los depósitos de agua.

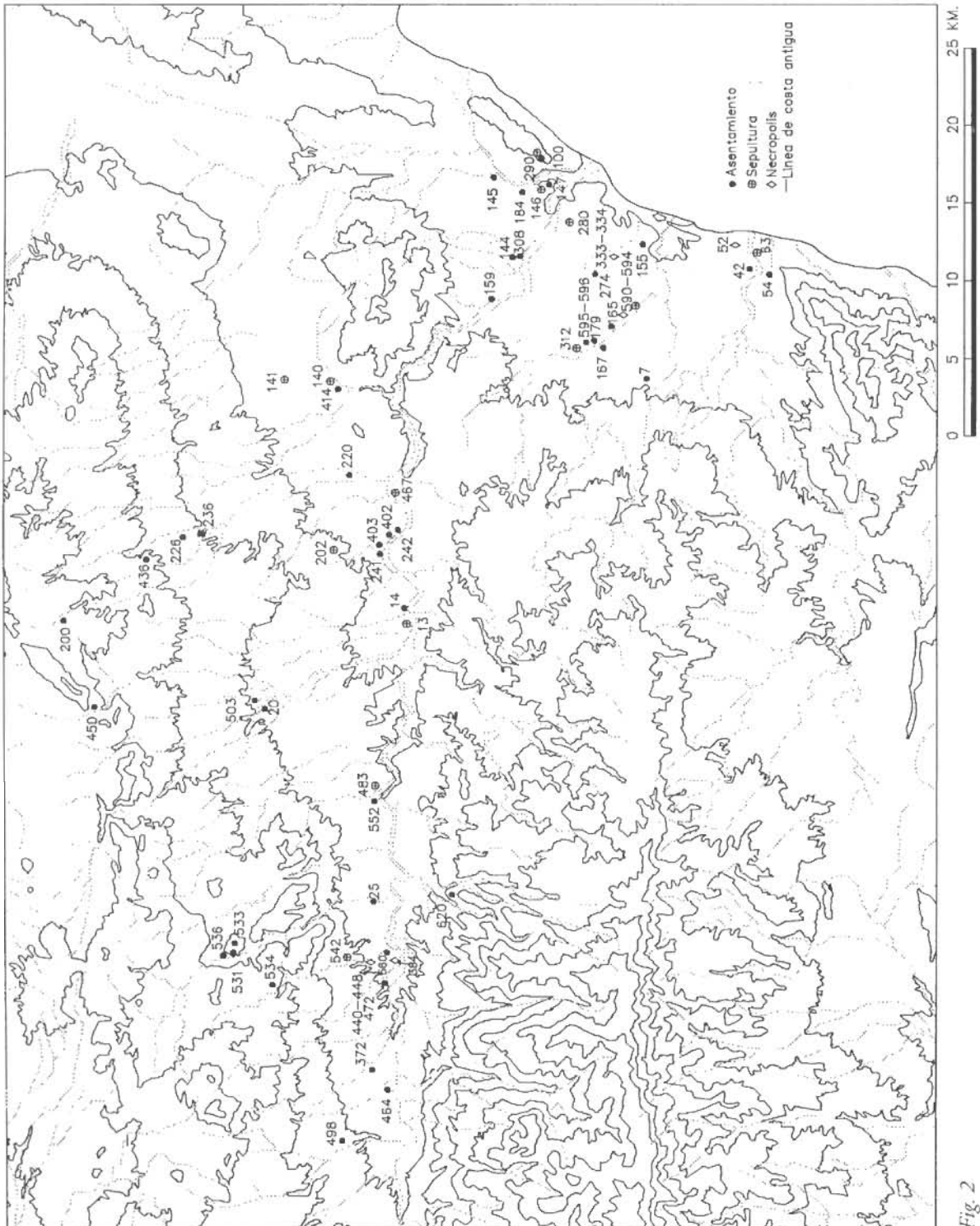


Fig. 2



Lám. 3a.



Lám. 3b.

Además de los poblados mencionados, cabría añadir, entre otros, Tres Cabezas (159)(Lám. 3b), La Torrecica-Cortijo Soler (184), El Arteal (100), y los ya mencionados de El Garcel (179, 595 y 596) o Las Pílas/Huerta Seca (54), en el sector de la Depresión, coexistente con aquellos instalados sobre puntos dominantes orográficamente.

A estos se añadirían, entre otros, pues constituyen buenos ejemplos de esta dinámica, los de La Muela del Ajo (372) o Cañada del Herrero (402), en las cuencas media y alta del Almanzora.

En consecuencia, se asiste al establecimiento de comunidades de mayores dimensiones en diversos entornos, con biotopos variados y con un patrón que implica una fuerte relación entre ellas, posiblemente en función de la fuerza de trabajo, que están integradas en unidades de mayor tamaño. Al mismo tiempo, se agudiza el proceso de consolidación de la disimetría social y una apropiación diferenciada de los bienes, sean subsistenciales o no. Aunque las comunidades menores se han entendido tradicionalmente que eran autosuficientes para cubrir las necesidades básicas, la documentación indica que la realidad es diferente y que las mismas se encuentran ampliamente relacionadas con otras comunidades de la región. La explicación podría estar, entre otras, por la necesidad de conseguir determinadas materias primas, por la circulación de productos o para la obtención de animales y semillas que permitan la continuidad de la producción en caso de algún contingente, fracaso o accidente. Y ello sin olvidar que su localización, en ocasiones, responde al adecuado control y dominio de las rutas que posibilitan el acceso a los centros principales del Valle. En definitiva pues, se continúa con la dinámica de estructuración de poder que se consolidará a lo largo del III milenio.

Es cierto que con la documentación actual no es posible ofrecer una buena explicación de la transformación histórica en la región desde fines del IV y III milenios, pero los trabajos de los últimos años han aportando datos muy relevantes al respecto. Y, en este sentido, se propone como hipótesis que, con el desarrollo de la sedentarización y la delimitación política del territorio, existiría una continuidad en el modelo de explotación. Sin embargo, parece que ahora, el curso de los tres grandes ríos de la zona en estudio -Almanzora, Antas y Aguas-, se convertirán en los ejes del nuevo patrón de asentamiento, caracterizado por poblados de mayor entidad, a los que se les vincula tanto los espacios funerarios con las estructuras de enterramientos concentradas, materialización simbólica de esa nuclearización y apropiación y explotación jerarquizada del territorio, como toda una serie de aldeas dependientes y complementarias. Este modelo vendría representado, en la depresión de Vera, por Las Pilas/Huerta Seca (54) (Lám. 4a), que tiene asociados al poblado de Cuartillas (42), las sepulturas de las Lomas del Campo (52) y del Cerro de la Mata (63), en la desembocadura del río Aguas. En el área del Antas, el modelo sería el conjunto de El Garcel



Lám. 4a.



Lám. 4b.

(179, 595 y 596)(Lám. 4b), con el que se relacionan los poblados de Las Ramiras (165) y Alto de la Cañada del Cura (167), más las sepulturas de la Loma de Rutilla (590-594) y La Pernera-1 (312). En la cuenca baja y desembocadura del río Almanzora, el dominio lo ejerce Almizaraque (147), con el que se conectan el poblado y los enterramientos de Cerro Virtud (146), el poblado y la cueva de Zajara (144 y 308), Tres Cabezos (159), La Torrecica-Cortijo Soler (184), y Los Sifones (145), además de la sepultura de El Arteal (290).

En la cuenca media y alta del río, serían, por un lado, Llano de Los Pedregales/Casablanca (14), al que se le asocian la sepultura del Cabezo de la Copa (13), más los poblados de La Quinta (236), Terrera Alcaína (20) y El Llano de las Ánimas-3 (503), que controlan el acceso desde las zonas altas de la Sierra de las Estancias hacia ese sector del Valle. Por otro, el conjunto de Churuletas, con el poblado del Cerro de los Navíos (560), así como las necrópolis vinculadas del Llano de Turuletes/Churuletas (440-448), del Llano de la Lámpara/Loma de la Estación (420-421), y de la Loma de la Jocala/Cortijo Jocala (424-425).

Este proceso de fijación, apropiación y nuclearización en el territorio en estudio, se podría relacionar, entre otras variables, con el desarrollo de nuevas técnicas agrarias que parecen marcar, por un lado, una restricción del movimiento de ganado de gran talla, unido a la práctica de la trashumancia de los rebaños de ovicápridos. Por otro, un control más normalizado de la circulación de materias primas y productos que se gestionan en la zona. Así, a partir del estudio que efectúa sobre la Cueva del Toro (Sierra del Torcal-Antequera, Málaga), R. Buxó (1997), señala que las diferencias en las actividades agrícolas derivadas de los restos carpológicos documentados entre las comunidades del VI y finales del IV milenios indican pautas de explotación evolutivas entre una agricultura anclada en una estructura primitiva y otra de organización más estructurada y consolidada. Y esto es así, porque en los niveles más recientes, la evolución de las frecuencias de cebada desnuda y de haba parecen señalar los pasos definitivos hacia un patrón de explotación alterno de las dos plantas cultivadas, que se consolida posteriormente como el modelo característico de la agricultura del sureste peninsular. Este modelo de explotación agrícola basado en la gestión de cereales y leguminosas, que se observa en Toro desde el Neolítico Final, supone asumir que los campos de cultivo son estables (Martín Socas *et al.*, 1999; Martín Socas *et al.* 2003). Esto, unido a otra serie de

factores, ya sean de carácter demográfico, productivo u organizativo, consolidaran, durante el final de este período, un sistema de relaciones de dependencia entre grupos sociales, que se constituirá como rasgo definidor de las conexiones políticas que se desarrollan en el III milenio en la zona.

Por tanto, se plantea que el período de desarrollo es largo en el tiempo y que su transformación viene caracterizada por la convergencia multicausal de factores de distinta naturaleza, donde las estrategias de captación y procesado de diferentes productos, que no tienen por qué estar exclusivamente orientadas hacia la producción agrícola, adquieren una gran importancia en su explicación. Es verdad que en estos momentos la secuencia histórica ofrece algunas lagunas en la información de todo este amplio proceso, aunque no se puede obviar que los trabajos -en especial los obtenidos en la excavación del asentamiento de Las Pilas/Huerta Seca-, aportan datos cada vez más claros y relevantes para los momentos finales del Neolítico y su conexión con los inicios y desarrollo del Calcolítico (Cámlich Massieu y Martín Socas, 1999).

Así, una primera consecuencia que se observa es el aumento importante de yacimientos respecto al período anterior, fenómeno que vuelve a invertirse con los inicios de la Edad del Bronce. Esto, unido a sus mayores dimensiones respecto a los del Neolítico en cualquiera de sus fases, son expresivos de que con el desarrollo y consolidación de las formaciones sociales del III milenio se asiste a un incremento poblacional importante en esta zona que no se puede evaluar con exactitud, pero, en todo caso, la información disponible no parece coordinar con los cálculos establecidos por R.W. Chapman, para quien el verdadero desarrollo tendría lugar durante la Edad del Bronce.

En efecto, a partir del III milenio, se produce una reestructuración del hábitat y se documentan las primeras fortificaciones en los poblados, que dará lugar a una nueva organización del espacio articulada en una compleja red de asentamientos con tres rasgos característicos: se ubican en una unidad orográfica con mejores condiciones defensivas, están estructurados jerárquicamente y ejercen un exhaustivo control del territorio y de sus potencialidades. Como ejemplos de trasvases directos para ajustarse a los nuevos parámetros, se pueden citar, entre otros, a Tres Cabezas hacia Campos, en el Almanzora, o El Gárcel hacia la Gerundia, en el Antas.

Con el tránsito del III y el II milenio, asociado tradicionalmente con la aparición y generalización del campaniforme, se produce una ruptura en la tendencia característica de la zona en cuanto a la dispersión del hábitat, generándose una dinámica vinculada con los primeros momentos de la concentración poblacional que se reconoce para la Edad del Bronce.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTEAGA, O. y HOFFMAN, G. (1987). "Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea". *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, nº II, pp. 194-195. Sevilla.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. México.
- BOSCH GIMPERA, P. (1965): "La significación del Neolítico circunmediterráneo". *Pyrenae*, nº 1, pp. 21-30. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1969): "La Cultura de Almería". *Pyrenae*, nº 5, pp. 47-93. Barcelona.
- BUXÓ, R. (1997). *Arqueología de las Plantas*. Barcelona.
- CÁMALICH MASSIEU, M.D. (1983): "La cerámica eneolítica no campaniforme de Andalucía Sudoriental". *Anuario 81-82 de la Universidad de La Laguna. Sección de Derecho, Geografía e Historia*, I, pp. 133-217. La Laguna

- CÁMALICH MASSIEU, M^a D.; MARTÍN SOCAS, D. (Drs.) (1999): *El Territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad. Un modelo: La Depresión de Vera y Cuenca del río Almanzora*. Sevilla.
- CÁMALICH MASSIEU, M^a D.; MARTÍN SOCAS, D.; MEDEROS MARTÍN, A.; GONZÁLEZ QUINTERO, P.; DÍAZ CANTON, A.; LÓPEZ SALMERÓN, J. J. (1993): "La Edad del Cobre en la Cuenca del Bajo Almanzora". *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos*, pp. 317-327. Huelva.
- CÁMARA SERRANO, J. A.; LIZCANO PRESTEL, R. (1996): "Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén)". *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica*. (Gavá-Bellaterra, 1995). *Rubricatum*, nº 1-2, pp. 313-322. Barcelona.
- CHAPMAN, R. (1978): "The evidence for prehistoric water control in south-east Spain". *Journal of Arid Environments*, nº 1, pp. 261-274.
- CHAPMAN, R. (1984): "Early metalurgy in Iberia and the west Mediterranean: innovation, adoption and production.", en W. H. WALDREN, R. W. CHAPMAN, J. LEWTHWAITE; R. C. KENNARD (Eds.): *The Deya Conference of Prehistory Early settlement in the western Mediterranean Island and their Peripheral Areas*. B.A.R. Int. Ser., 229: 139-165. Oxford.
- CHAPMAN, R. (1991):. *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la península en el marco del Mediterráneo occidental*. Barcelona.
- DELIBES DE CASTRO, G.; MONTERO RUIZ, I. (1997): "Els inicis de la metal·lúrgia a la península Ibèrica. Transferència de tecnologia o descobriment autònom?". *Cota Zero*, nº 13: pp. 19-28. Vic.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M^a D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. (1993). "El sustrato Neolítico en la Cuenca de Vera (Almería)". *Trabajos de Prehistoria*, nº 50, pp. 57-85. Madrid.
- GILMAN, A.; THORNES, J.B. (1985): *Land-Use and Prehistory in South-East Spain*. Londres.
- Gilman, A. (1997): "Cómo valorar los sistemas de propiedad a partir de datos arqueológicos". *Trabajos de Prehistoria*, 54, pp. 81-92. Madrid.
- GOÑI QUINTEIRO, A.; CHÁVEZ ÁLVAREZ, E.; CÁMALICH MASSIEU, M^a D.; MARTÍN SOCAS, D.; GONZÁLEZ QUINTERO, P. (2003): "Intervención arqueológica de urgencia en el poblado de Cabecicos Negros (Vera, Almería). Informe preliminar". *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 2000 nº 1*, pp. 73-87. Sevilla.
- LEISNER G. u V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel: Der Süden*. Berlín.
- LIZCANO PRESTEL, R. (1999): *El Polideportivo de Martos (Jaén): Un yacimiento neolítico del IV milenio a.C.* Córdoba.
- MARTÍN SOCAS, D.; CÁMALICH MASSIEU, M^a D. (1986): "Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas del Almanzora, Almería) y su problemática". *Actas Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, pp. 178-191. Sevilla.
- MARTÍN SOCAS, D.; CÁMALICH MASSIEU, M^a D.; GONZÁLEZ QUINTERO, P. (1998): *Le Néolithique dans l'Andalousie (Espagne)*, en OTTE, M. (edt.): *Atlas du Néolithique Europee. L'Europe occidentale*, nº 2, pp. 871-933. Bruselas.
- MARTÍN SOCAS, D.; BUXÓ CAPDEVILA, R.; CÁMALICH MASSIEU, M^a D.; GOÑI QUINTEIRO, A. (1999): "Estrategias subsistenciales en Andalucía Oriental durante el Neolítico". *Actas II Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. (Valencia 1999), Saguntum-Plav*, Extra nº 2, pp. 25-30. Valencia.
- MARTÍN-SOCAS; D. CÁMALICH, M.D.; BUXÓ, R.; CHÁVEZ, E.; ECHALLIER, J.C.; GONZÁLEZ, P.; GOÑI, A.; HERNÁNDEZ, J.M.; MAÑOSA, M.; OROZCO, T.; PAZ, M.A.; RODRÍGUEZ, M.O.; RODRÍGUEZ, A.; TUSELL, M. y WATSON, J.P.N. (2003): La Cueva de El Toro (El Torcal, Antequera-Málaga). En, *Actas del II Simposio de Prehistoria Cueva de Nerja- Homenaje al Prof. Manuel Pellicer Catalán*, pp. 88-108 Nerja.
- MONTERO RUIZ, I.; RUIZ TABOADA, A. (1996): "Enterramiento Colectivo y metalurgia en el yacimiento Neolítico de Cerro Virtud (Cuevas de Almanzora, Almería)". *Trabajos de Prehistoria*, nº 53-2, pp. 55-75. Madrid.
- PANTALEON CANO, J.; ROURE J.M.; YIL, R.; PÉREZ-OBÍOL, R. (1996): "Dinámica del paisaje vegetal durante el Neolítico en la vertiente Mediterránea de la Península Ibérica e Islas Baleares". *Actas del I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica*. (Gavá-Bellaterra, 1995). *Rubricatum*, nº 1-2, pp. 29-34. Barcelona.

- RODRÍGUEZ ARIZA, M^a O. (1992): *Las relaciones hombre-vegetación en el sureste de la Península Ibérica durante las edades del Cobre y Bronce a partir del análisis antracológico de siete yacimientos arqueológicos*. Tesis Doctoral. Microfichas. Universidad de Granada. Granada.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M^a O. (1996): "Análisis antracológicos de yacimientos neolíticos de Andalucía". Actas del *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. (Gavá-Bellaterra 1995), *Rubricatum*, nº 1-1, pp. 73-83. Barcelona.
- ROMÁN DÍAZ, M^a P.; MARTÍNEZ PADILLA, C. (1999): "Primeras aldeas con almacenamiento en el Sureste de la Península Ibérica". Actas *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. (Valencia 1999), *Saguntum-Plav*, Extra nº 2, pp. 199-206. Valencia.
- ROMÁN DÍAZ, M^a P.; MARTÍNEZ PADILLA, C.; SÁNCHEZ QUIRANTES, L.; PÉREZ CARPENA, A. D.; CASSINELLO ROLDÁN, S. (1996): "El Neolítico en la Cuenca Alta del río Almanzora (Almería). Una revisión crítica". Actas *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. (Gavá-Bellaterra, 1995). *Rubricatum*, nº 1-2, pp. 613-618. Barcelona.
- RUIZ TABOADA, A.; MONTERO, I. (1999): "Ocupaciones neolíticas en Cerro Virtud: Estratigrafía y dataciones". Actas *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. (Valencia 1999), *Saguntum-Plav*, Extra nº 2, pp. 207-212. Valencia.
- SCHUBART, H.; ARTEAGA, O.; KUNST, M. (1988): "Investigación geológico-arqueológica sobre la antigua línea de costa en Andalucía. Campaña 1988". *Anuario Arqueológico de Andalucía 1988*, II, pp. 185-189. Sevilla.
- WALKER, M. J. (1985): "El Prado and the southeastern Spanish Chalcolithic" *Research Reports of the National Geographic Society*, nº 20, pp. 800-803.
- WALKER, M. J. (1986): "Society and hábitat in Neolithic and Early Bronze Age south-east Spain", en A. FLEMING (Org.): *The Neolithic of Europe, The World Archaeological Congress*. Southampton.
- YLL, E. I.; PÉREZ OBIOL, R.; PANTALEON CANO, J.; Roure, J. M. (1995): "Dinámica del Paisaje vegetal en la vertiente mediterránea de la Península Ibérica e Islas Baleares desde el Tardiglaciario hasta el presente", en T. ALEXANDRE CAMPOS, T.; PÉREZ-GONZÁLEZ, A. (Eds.): *Reconstrucción de Paleoambientes y Cambios Climáticos durante el Cuaternario. IX Reunión Nacional sobre el Cuaternario*: pp. 319-328. Madrid.